SUMARISIMA HISTORIA
DE LA
FACULTAD DE MEDICINA DE ZARAGOZA

Por PEDRO LAIN ENTRALGO
Catedrático de Historia de la Medicina de la Facultad
de Medicina de Madrid

El prestigio y la importancia real de la medicina zaragozana son anteriores a la fundación de la Universidad de Zaragoza (1583), y por lo tanto a la existencia en Zaragoza de una auténtica Facultad de Medicina. La famosa obra de Tomás Porcell sobre la peste («Información y curación de la peste de Zaragoza y preservación contra la peste en general», 1565) y la práctica de la disección en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia constituyen dos óptimos exponentes del excelente nivel del saber médico en la vieja Cesaraugusta, pero su fecha misma les hace ajenos a la todavía inexistente actividad universitaria.

Esta se inicia formalmente, como he dicho, en 1583. Créase entonces la Facultad de Medicina, con mención expresa de dos cátedras. Un documento de 1587 anuncia el establecimiento de lecciones de anatomía y cirugía. Ha de pasar casi un siglo, no obstante, para que esa naciente Facultad empiece a dar frutos verdaderamente historiables. Acaso la tradicional apertura del reino de Aragón hacia el sur de Francia (Montpellier) y hacia la vecina Italia—«nodriza de los ingenios», según la fina y certera sentencia de Vesalio—fuese la más importante causa de la aparición de verdaderos «novatores» entre los docentes zaragozanos. Ello es que, como ha sabido mostrar el inteligente celo de López Piñero, en Zaragoza residió algún tiempo Juan Bautista Giovannini o Juanini, figura decisiva en la introducción de la medicina moderna en España, y que al claustro zaragozano pertenecieron varios de los adelantados que entre nosotros la cultivan y

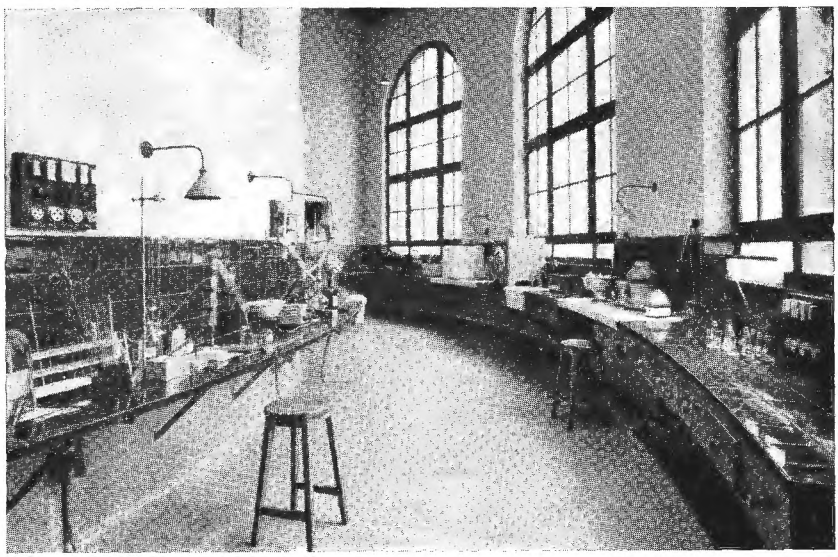
defienden: José Lucas Casalete, con sus discípulos—más avanzados que él mismo—Palacio y Elcarte; Francisco San Juan y Domingo, defensor de la circulación de la sangre y autor de la primera topografía médica española de sabor moderno (1687); Francisco San Juan y Campos, catedrático de Anatomía en 1686 y el primero que en España incorpora la doctrina de la circulación sanguínea a la enseñanza

Vista general de la Facultad de Medicina de Zaragoza.

universitaria. Circulación de la sangre y iatroquímica son las principales banderas científicas de estos animosos «novatores».

Durante el siglo XVIII, la medicina zaragozana parece ser más eminente fuera de la Facultad que dentro de ella. Las figuras más prestigiosas de aquélla (Juan de Roda, Bartolomé Serena) y la ejemplar asistencia psiquiátrica en el Hospital de Ntra. Sra. de Gracia (incitación y modelo, como se sabe, de la célebre reforma de Pinel en Bicêtre) no se hallan en conexión directa con la Universidad. No debía de ser muy vigorosa en ésta la Facultad médica, cuando con tanta facilidad como torpeza fue abolida en 1807, poco antes de los Sitios, y vuelta a suprimir poco después de su ulterior restablecimiento en

1813. Ni siquiera con la ley Moyano (1857) tuvo mejor suerte la desaparecida Facultad. Habrá que esperar hasta 1866—y en el orden de los hechos hasta 1876, ya en el reinado de Alfonso XII—para que los estudios médicos sean otra vez parte de la Universidad cesaraugustana.



Rotonda del Laboratorio de Fisiología y Bioquímica de la Facultad de Medicina de Zaragoza.

Este decisivo acontecimiento nos pone ya en el inmediato ayer. A él pertenece ya la historia viva, la historia que, con nitidez mayor o menor, muchos recuerdan: la enseñanza quirúrgica de Arpal, maestro de la precisión anatómica; las lecciones de Patología de don Jenaro Casas, vitalista moderado, con quien el estudiante Cajal, en nombre de la entonces recientísima patología celular virchowiana, se artevió un día a polemizar; los primeros trabajos científicos del propio Cajal; la inauguración, en 1893, del hermoso edificio que planeó y levantó el arquitecto Magdalena para la hasta entonces tan mal alojada Facultad; la recia figura de don Pedro Ramón y Cajal, que tan bien supo hacer honor a su exigente apellido; el magisterio de los clínicos Alonso Sañudo, que pronto pasó a Madrid, y Royo Villa-

nova, uno de los pioneros de la lucha antituberculosa en nuestro país, que con su brillante inteligencia y su pronto ingenio logró múltiple fama en su ciudad y en España entera: el grande y merecido renombre técnico y científico de don Ricardo Lozano, uno de los primeros cirujanos españoles en el primer cuarto de nuestro siglo; y, ya en

Paraninfo de la Facultad de Medicina de Zaragoza.

nuestros días, hoy mismo, una buena parte de los que a este o al otro lado del Atlántico, vivos todavía, por fortuna, casi todos ellos, prematuramente muertos otros, van siendo los «seniores» de la medicina española más actual: Benigno L. Velázquez, Santiago Pi y Suñer, Luis Recaséns, Gumersindo Sánchez Guisande, Juan Sánchez Cózar, José Estella, Felipe Jiménez de Asúa, Manuel Usandizaga, Pedro Piulachs, Juan Gibert Queraltó, Francisco Grande Covián, José Botella Llusiá... Presididos por los nombres de Casalete, el brioso innovador del siglo XVII, y de Ramón y Cajal, innovador genial del siglo XIX y héroe homérico de nuestra medicina contemporánea, los docentes actuales cuidan de que ese ya secular prestigio no decaiga.